

Quisiera ser (de nuevo) un niño

Moisés Flores Palacios
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Reseña ganadora del Segundo Concurso
de Crítica Teatral Norteamericano

RECUERDO CUANDO TENÍA SEIS AÑOS y el circo visitó la ciudad. Fue mi primer acercamiento a las artes escénicas. Al entrar a la carpa, me senté con mis hermanos en aquellas bancas de madera, mientras comíamos algodones de azúcar y palomitas acarameladas. De un momento a otro, se apagaron las luces. Solo habían dejado una prendida —la más importante—. Vi entrar figuras llenas de energía para realizar piruetas y saltos, unas encima de otras. La organización tan meticulosa de los acróbatas me creaba mil dudas. ¿Cuántas horas pasaron practicando? ¿Por qué sus cuerpos son tan flexibles? ¿No tendrán algún miedo al tropezarse o lastimarse en escena? ¿Acaso su vestuario les da algún tipo de ventaja que los vuelve más ágiles en sus rutinas? La última vez que rondaron estas preguntas en mi cabeza fue hace quince años. Ahora tengo veintiuno y, al contemplar *Quiero ser payaso (QSP)*, de la compañía chihuahuense Escena Cuerda Floja, todo este vagón de recuerdos y de dudas regresó a mí.

El espectáculo realizado por Cristina Córdova y José Sandoval el 30 de septiembre en el Teatro Experimental Octavio Trías, dentro del programa de la Muestra Estatal de Teatro 2022, resultó ser una travesía diferente a las demás puestas en escena de la MET 30 al no contar con un diálogo verbal, sino más bien corporal y onomatopéyico. No obstante, el mensaje es claro. La obra refleja la monotonía de la vida adulta y el cansancio de una rutina predeterminada. Esto causa que nuestros protagonistas día con día se sientan abrumados dentro de un ciclo interminable. Con bostezos, muecas y caras largas nos demuestran la inconformidad de sus vidas. Sin embargo, todo este panorama cambia cuando observan a un pequeño ente luminoso. A lo largo de la función, nuestros personajes lo perseguirán con el



fin de atraparlo. En su búsqueda, irán realizando acrobacias que, a su vez, los alejan de su monótona rutina. En este acto, uno se vuelve partícipe del enredo de escenarios y de luces. Los protagonistas rompen con la cuarta pared y dan paso a un convivio teatral: se quitan sus sacos y utilizan al público como un perchero. También incitan la participación y el juego interactivo de un gran globo que atraviesa la sala.

La escenografía me parece de lo más ingeniosa. Se cuenta con un telón oscuro de fondo y una escalera de cuatro articulaciones que se dobla y desdobla de mil maneras. Y es todo. Sin embargo, me parece bastante creativa la experimentación con el objeto. No solo le dan uso de manera tradicional, sino que explotan sus diversas funciones; incluso, de un momento a otro, se convierte en una pequeña casa para dormir. También utilizan una gran manta azul que le pareció bastante bonita a un niño (también a mí).

Las acrobacias y cuchufletas causaron distintas respuestas entre las personas de las butacas. Entre ellas, me pareció más auténtica la del público infantil. Reían en cada escena y señalaban a toda costa dónde se escondía aquella luz traviesa. Al final, realizaron preguntas bastante interesantes y noté la similitud de sus inquietudes con las que yo me planteé hace quince años. De esta manera, *Quiero ser payaso* puede provocar un viaje en el tiempo. El público más grande se dará cuenta de las similitudes de aquellas presentaciones que veíamos de pequeños: los espectáculos de circo, las películas de Cantinflas, los episodios de *La pante-ra rosa...* QSP brinda un momento de diversión familiar en que las risas y la participación son esenciales. También crea nostalgia en donde se desea ser (de nuevo) un niño que no crece; es decir, que vive dentro del país de Nunca Jamás.

